

vos tomas y dales hasta que por fin se embarcó contra viento y marea en el *Bellerophon*.

»Llegado á la isla, se condujo al principio muy modestamente; pero poco á poco fué explayando sus pretensiones, y acabó por gozar de favor, hasta que se recibió en Longwood un libro publicado por el cirujano del *Northumberland*, en el que el autor refiere que, durante la travesía, le enseñó Gourgaud un sable, con la siguiente inscripción en la hoja:—*En Brienne le salvé la vida al Emperador, malando á un cosaco que iba á atravesarle.*—Irritado Bonaparte al enterarse de esto, mandó reunir á todo su séquito, y enseñándole el libro á Gourgaud, le dijo: «Leed, y os indignaréis.»—Gourgaud leyó, ó fingió leer, y repuso: «No comprendo qué significa esto.»—«Pues bien, el señor de Las Cases os lo explicará.» Después de la explicación, Bonaparte le dijo: «¿Sin duda que refutaréis esa afirmación y exigiréis que se inserte en todos los periódicos?— ¡Pero, Señor!...— ¡Cómo se entiende! ¿Si me hubierais salvado la vida, lo ignoraría yo acaso, y os hubiese dejado sin recompensa?... ¡Id á buscar el sable!»—Lo trajo Gourgaud, y, encolerizado Bonaparte al leer la inscripción, le dijo: «Romped ese sable ó lo romperé yo... ¡Sois un impostor! No vimos ni un solo cosaco, porque no los había en aquel ejército.»—Contrito y humillado, llevóse Gourgaud el sable sin romperlo, porque yo mismo lo vi después en su equipaje.

»Desde entonces, sufrió Gourgaud muchos disgustos, y no pudiendo soportarlos, fué á ver á Bertrand para decirle que quería marcharse. Bertrand le respondió: «Ya conocéis al Emperador. Es voluble. Habéis estado en gracia. Ahora lo está Montholon. Esperad á que os vuelva á llegar la vez.»

»Algunos días después, habló de nuevo con Bertrand y le dijo que resueltamente quería marcharse. Le respondió que era muy dueño. «¡Pues entonces me iré, y seré uno más!...» Pocos días después, insistió otra vez en lo mismo, y Bonaparte le dió algunos consejos; pero creído de que trataba de retenerle, se atrevió á pretender que se le ascendiese á teniente general con 300.000 francos de paga.

»Al enterarse Bonaparte de estas pretensiones, se resolvió á dejarlo marchar, porque estaba ya muy cansado de él, y le respondió, por boca de Bertrand, diciendo que era preciso estar loco de remate

para atreverse á pedir un ascenso en semejantes circunstancias. Gourgaud replicó en estos términos: «Bien sé que por no haber solicitado del rey el despacho de mariscal de campo, todos mis compañeros de promoción son ya tenientes generales y yo no. Es verdad que el Emperador no tiene ejército, pero con el despacho en el bolsillo podría yo aprovecharme de él á la primera ocasión.» Respecto á los 300.000 francos, le dijo Bertrand: «El 27 de Julio del año pasado se le concedió á vuestra madre una pensión de 12.000 francos, ¿y pedís aún más dinero?— ¡Pero mi madre está acaso presa ó habrá muerto!— Pues bien, si ha muerto vuestra madre, yo me comprometo á que percibáis vitaliciamente la misma pensión. Escribidme en caso de que haya algún inconveniente en ello... Es decir, cobraréis la pensión mientras viva el Emperador ó deje lo bastante para pagarla, pues yo por mí mismo á nada me comprometo... ¿Queréis un par de años adelantados? Os los daré en seguida.» Gourgaud insistió en su petición y obtuvo por fin una audiencia de Bonaparte, en la que éste se desató contra él diciéndole: «¿Os atrevéis á amenazarme con un libelo? ¿Qué podréis decir?... Iréis á Francia y os fusilarán. ¡Demasiado os conozco! El primer oficial descontento con quien topéis os trastornará la cabeza. Sois un ingrato. Me hacéis traición como se la hicisteis al rey, que os colocó en su guardia. Recibiréis el condigno castigo. Vayáis donde vayáis, bellaco habéis nacido y bellaco moriréis.» Al día siguiente salió Gourgaud de Longwood.»

*22 Mayo 1818.*—En esta fecha ocurrió otro incidente que no dejó de tener importancia, con escándalo de la isla, y desagradables consecuencias para el gobernador, pues ya dijo Montchenu que «los más diestros actores no estaban nunca en Plantation-House».

Hudson Lowe acababa de romper ruidosamente con el doctor O'Meara, y convencido de que esta ruptura había de proporcionar razones á los partidarios de Napoleón, creyó necesario dar explicaciones al comisario francés, con quien tuvo la siguiente conversación:

«Desde hace tiempo tenía yo serios motivos para quejarme y aun para sospechar del doctor. Ha sido portador de regalos (1) y mensajes

(1) Tabaqueras chinas de plata cincelada.



sin darme aviso, contraviniendo los reglamentos. Se ausentaba frecuentemente de Longwood, hasta el punto de ser preciso enviar otro médico. Siempre estaba en el puerto á la llegada de los buques, y conversaba con los pasajeros, diciéndoles cuanto á Bonaparte le placía que se supiese... Como es funcionario inglés, y figura en la plana mayor del *Conquérant*, aunque destinado al servicio de Longwood, le sometí al reglamento, según el cual, no puede salir del recinto sin permiso, á menos que le llamen para prestar asistencia ó reciba orden del almirante. Jamás le impuse la compañía forzosa de un oficial, pero tampoco quiero que me sirva de fianza con las personas del séquito.»

«Sobre esto ha declarado Bonaparte que, pues el doctor no era de los suyos, dejaba desde entonces de tenerle confianza por sospechoso y no quería volverle á ver. Pidió un médico francés ó italiano, y así se ha escrito á Londres; pero, entretanto, sigue aquí O'Meara y ejerce las funciones de médico de los que rodean al Emperador.»

Según Montchenu, el verdadero motivo de la dimisión de O'Meara no era el que alegaba el gobernador, sino que derivaba ya de un incidente ocurrido cuando el fallecimiento de Cipriani, cuyo entierro fué pomposo, porque el Emperador exigió que concurriera toda la servidumbre, y, además, siguieron al féretro muchísimas gentes de la isla. El más viejo de los dos sacerdotes anglicanos, llamado Boesse, ofició en la ceremonia con toda solemnidad. Napoleón, al saberlo, pareció sorprenderse de que un sacerdote anglicano hubiese ejercido su ministerio en un entierro católico, y exclamó: «Que le den veinticinco luisas para los pobres; pero, ¿qué le daremos á él?» Recordó entonces que el reverendo tomaba rapé, y le envió una muy hermosa tabaquera chinesca de plata, primorosamente cincelada. El sacerdote recibió el dinero y el regalo; pero, asaltado de escrúpulos, días después, por lo del último, pues estaba prohibido recibir la cosa más mínima sin autorización del gobernador, resolvió aceptar el dinero y devolver la tabaquera por mediación de su amigo el doctor O'Meara, á quien al efecto escribió una carta, acompañando el objeto por mano de uno de los arrieros que cada mañana hacían el servicio de provisiones. La carta fué interceptada por los centinelas y remitida al gobernador, quien, en vez de volverla á cerrar, después de enterarse, y mandarla á su destino, para ver qué resultado tenía el asunto, sólo envió la taba-

quera, creído de que el mismo á quien iba consignada, era el que la había enviado. Ni siquiera se le ocurrió llamar al pastor, que de allí á poco se marchó de la isla con licencia.

O'Meara nada sabía de la carta, y, por lo tanto, no habló de ella á Hudson Lowe, quien, sospechoso de aquel silencio, creyó descubrir una temerosa conspiración, cuya alma habría de ser el doctor. En consecuencia, le envió en el acto el reglamento de la isla, y le impuso varios días de arresto, que el doctor cumplió escrupulosamente. Entonces fué cuando Bonaparte se negó á recibirle en adelante, diciendo que no podía tener confianza alguna en un hombre que era incondicionalmente adicto al gobernador.

Por fin, Hudson Lowe cometió la insigne torpeza de proponer otro médico, el doctor Baxter, á quien, desde tiempo atrás, quería colocar en Longwood, pero disgustaba profundamente al Emperador. Este manifestó en público que el gobierno inglés trataba de envenenarle, desde el momento en que le quitaba á su médico de confianza. De ello se derivó una correspondencia, de la que, según Montchenu, «resultó el gobernador muy quebrantado, pues estos señores á todo se atreven con él, porque le ven temblar ante ellos, que lo saben y se engrien, y es el único placer que tienen».

Tres semanas después, el Emperador se creyó muy enfermo, y no quiso que le viera ningún otro médico, pues prefería la muerte natural á la violenta por envenenamiento. Temeroso el gobernador de las consecuencias, restableció las cosas como estaban, y O'Meara volvió á ejercer sus funciones, hasta el momento en que lo embarcaron brutalmente para Europa.

«Desde que ocurrieron estas escenas, el gobernador está furioso, y no me extrañaría saber muy pronto que su poco seso ha sucumbido bajo la pesadumbre de este inaccesible peñasco defendido por un ejército y una armada... En estas continuas disputas se olvida de todo... Sin embargo, la custodia de Bonaparte no deja por ello de estar asegurada, aunque bien podría ausentarse unos cuantos días de Longwood sin que Hudson Lowe lo advirtiese. Decía Bertrand, días pasados, que tan ignorante se encuentra el gobernador de lo que sucede, que si Napoleón muriese y ellos tuviesen interés en ocultar su muerte, no le darian la noticia hasta que el cadáver fuese un peligro para la



salud de los vivos... De todos modos conviene que nos tranquilicemos, pues si Bonaparte se evadiese, habría de evadirse solo, á lo que no se atreverá jamás. Por otra parte, aunque burlase la vigilancia de centinelas, retenes y patrullas, el mar está tan rigurosamente guardado, que es casi imposible que una barca se acerque á los parajes accesibles... Desde que el gobernador ha roto con O'Meara, ya no recibe noticias cotidianas de lo que ocurre en Longwood; y si bien hay un oficial encargado de los informes, teme entrar en Longwood y se contenta con ver á Bonaparte al salir de casa. En cuanto á Hudson Lowe, hace veintidós meses que no se atreve á traspasar los umbrales de su prisionero.»

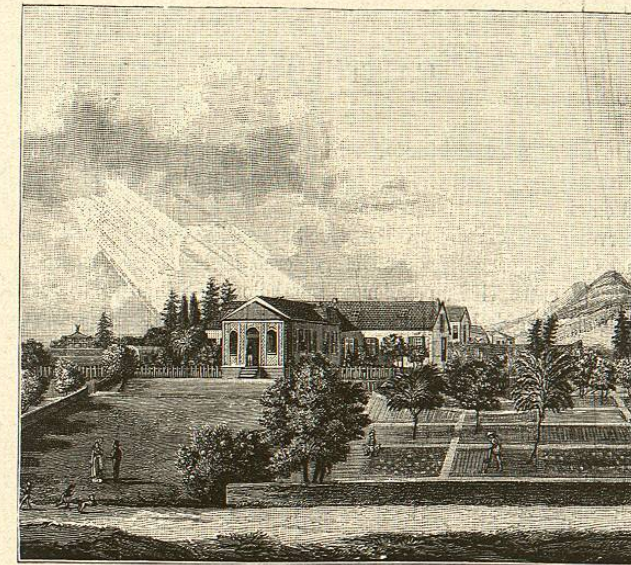
Tal era el hombre á quien Inglaterra había confiado la custodia de Napoleón. Engreído de sí mismo, y siempre atento á no perder ocasión alguna de mortificar al Emperador con mil impertinencias, se le iba la cabeza en cuanto el prisionero le recordaba con su actitud que había sido dueño y soberano de Europa. Era imposible encontrar otro hombre más desequilibrado y extravagante. Según el barón de Stürmer (1), «la mayor parte de sus acciones debían achacarse á la extrañeza de un carácter sin semejanza con ningún otro». De esta manera se dificultaban de día en día las relaciones entre los comisarios extranjeros y el gobernador, hasta el punto de no poner aquéllos los pies en Plantation-House, para adquirir noticias del Emperador, y, en cambio, se iban congraciando con Montholon, Bertrand y Marchand.

Estos, por su parte, aprovechaban toda ocasión de relacionarse con los comisarios europeos, quienes, en cambio, esperaban el día de ser admitidos en presencia del Emperador. Vamos á referir una anécdota que demuestra el cambio de actitud de los comisarios. Un día en que lo bonancible del tiempo invitaba al paseo, el conde de Balmain y el marqués de Montchenu se dirigieron á caballo hacia los jardines de la Compañía, plantados en un lindo valle más abajo de Longwood. Apenas entraron en el jardín, cuando todos los del séquito de Napoleón, que les habían visto llegar, bajaron «para felicitarles por verlos en sus dominios». Poco después, el mismo Napoleón les

(1) *Informes del barón de Stürmer*. p. 182.

mandó un excelente refrigerio, servido con la mayor delicadeza posible, en su vajilla de campaña, por su mismo repostero con sus criados.

«El gobernador no se ha atrevido á hablarme de este incidente, — dice el marqués de Montchenu; — pero como jamás ha recibido él parecida fineza, estoy seguro de que se lo come la envidia. Yo fingiré no reparar en ello, porque esos encuentros son el mejor medio de saber lo que pasa, y asegurarnos continuamente de la presencia del prisionero, ya que, por miramientos á su persona, no podamos verle. Sin embargo, aquel día nos mandó á decir que, por cuanto á él respecta, no pondría inconveniente ninguno. Pero la formalidad resulta embarazosa. Nadie quiere ir á ver al gobernador, y yo no puedo suplicar á Bertrand que me presente.»



Vista de Longwood. Dibujo hecho del natural (Santa Elena - 1820)